

Constitución; se buscó afanosamente candidato, alarmó esto á los republicanos, quienes dejándose guiar por la pasión más que por la razón y la justicia, desconociendo gloriosos antecedentes, faltando á la ley y la patria, encendieron la guerra civil, comenzándola, aunque á su pesar, con asesinatos, saqueos, robos, incendios y horrores. Sueño parece, porque no se concibe, que un partido del que es el porvenir, que se propone triunfar por la bondad de sus doctrinas, que proclama la fraternidad como el derecho universal, la abolición de la pena de muerte como el derecho de la vida, la autonomía individual divinizando el derecho de cada uno, hasta anteponiéndole al colectivo, teniendo en más al individuo que á la sociedad, se permitiera los atentados y crímenes cometidos en Barbastro, Valls y otros puntos. Aunque nunca puedan achacarse á un partido los excesos de unos pocos, perjudicaron grandemente al éxito, y se vió que en muchos puntos no eran los jefes los que mandaban, sino los más osados é irresponsables. Arde en guerra Cataluña, se alzan en armas grandes masas, obstruyen la vía férrea y el telégrafo, causando destrozos, se pronuncia Reus, se dirigen al Priorato, se cometen en Valls asesinatos en personas inermes, se queman casas y archivos, y se saquea y se desatiende á los mismos jefes que tratan de evitar tales excesos, imponiendo hasta pena de la vida á sus perpetradores.

No en todas partes se mostró de tal manera la insurrección republicana; pero en todas fué ilegal y absurda. Así que, vencida en Barcelona, abandonados por los insurrectos Reus, Valls, Balaguer y cuantas poblaciones ocupaban, se limitó á los campos y se vió perdida. Poco importaba resistir en Carmona y en alguna otra ciudad, careciendo de una capital importante como base; no supieron Paul y Angulo, Salvochea, Guillén y otros aprovechar los grandes elementos con que contaban en la provincia de Cádiz; ni aun los recursos proporcionados por los filibusteros cubanos, de los que se aprovecharon algunos de los que menos dieron la cara, porque había republicanos que, aunque querían libertades para Cuba, no renunciaban á la integridad de la patria: pero no ayudaban mucho á esta integridad, basada en la unidad nacional, proclamando el federalismo en Medina Sidonia, Los Arcos, Paterna, Alcalá de los Gazules y Puerto de Santa María. Seductor era para aquellas inconscientes masas la abolición de las quintas y matrículas de mar, el desestanco de la sal y del tabaco, la disolución del ejército, etc., etc., no quedando abo-

lida la pena de muerte hasta no terminar el período revolucionario; pero sólo consiguieron aquellos alarides de fuerzas y tales programas, introducir el desorden y la perturbación. Bastó el anuncio de la llegada de tropas para que se disolvieran las masas, dirigiéndose unos grupos á la serranía, guiados por Guillén, y alcanzados por las columnas mandadas en los primeros momentos sobre Paterna y Medina, murió Guillén, y se ahogó la insurrección, retrocediendo á sus pueblos los que ya estaban en marcha y conteniéndose los que se preparaban á salir.

Terrible lucha se trabó en Zaragoza para combatir las barricadas levantadas por los federales guiados por Soler y Pruneda en el Coso, San Pablo, la Seo y el Pilar; mas triunfó el Gobierno, y en Valencia, donde también construyeron hasta nueveveintenas barricadas, que recibieron cuatrocientos proyectiles huecos, además de multitud de disparos de metralla y bala rasa, sin oponer los federales más que el fusil y su pecho. Este fué el último baluarte de la insurrección, quedando Béjar y otros puntos sin importancia. No ensangrentó el Gobierno su triunfo, que harta sangre se había derramado y que pudieron haber evitado algunas autoridades, con más previsión y celo.

Al regresar Prim de las aguas de Vichy, se celebró el primer consejo de ministros, al que asistió el regente, que se mostró enérgico para que se abandonara el marasmo político en que estaba sumido el poder, y se adoptara una política que inspirara garantías de orden y de seguridad: deseaba terminar aquella interinidad, amenazando con su dimisión, si así no se hacía, y marcharse al extranjero. Sagasta propuso algunas medidas restrictivas que no fueron aprobadas porque había leyes para el caso y sólo se necesitaba hacerlas cumplir, acordándose al fin la circular de 26 de Septiembre, protestada por los republicanos, que también se opusieron á la suspensión de las garantías constitucionales, que aprobaron las Cortes al reanudar sus tareas el 1.º de Octubre. Eran sus compañeros y correligionarios Suñer, Blanc y otros que se habían puesto al frente de los insurrectos, y no podían menos de simpatizar con ellos, mucho más cuando el levantamiento había sido por acuerdo de todos. Por esto el empeño de Sagasta al increparlos por los excesos cometidos, para que declarasen si estaban con los sublevados ó con el Gobierno. En tan terrible situación, consideraron los republicanos indispensable retirarse de la Cámara; tratóles Prim con benevolencia; Figueras y Castelar conferenciaron con el presidente de las Cortes, y aunque no produjeron

grandes resultados estas conferencias á las que se dió colosales proporciones, empezó después á elaborarse en el partido republicano una transformación que no podía menos de serle beneficiosa. Lo era desde luego el que se separaran de los federales personas de valer que querían la república, no sus excesos.

La continuación de la interinidad ayudaba á los republicanos unitarios, y les alentaba la división de los monárquicos, cada día más acentuada. Faltaba energía, arrastraban las Cortes una existencia lánguida; se suspendieron á los pocos días las sesiones por no haber asuntos de que tratar, y estaban sin discutir los presupuestos, la ley de orden público y otras no menos necesarias; reanudaron sus sesiones á los seis días para declarar, por iniciativa del Gobierno, que el ejército, la armada y los voluntarios de la libertad habían merecido bien de la patria; Moret manifestó que si el ejército había salvado el orden y la libertad, debían los diputados cumplir con su deber, constituyendo el país y levantando una monarquía que terminara la interinidad; Prim aseguró que se ocuparía pronto de la cuestión de monarca; se suscitaron diferencias por los asuntos administrativos y rentísticos; se procuró á toda costa no romper la alianza de los partidos unidos; se manejó una solución, y como ninguno tenía grande interés en el rompimiento, adoptóse un temperamento medio que ni remediaba males ni producía bienes. Consideróse así terminada la disidencia de los unionistas, comprometiéndose Sagasta á restablecer por completo el orden moral; pero surgieron nuevas dificultades que se esmeró Prim en vencer para que no se rompiera la coalición hasta elegir monarca. Esto era un nuevo motivo de discordia, porque el candidato de la mayoría del ministerio era el Duque de Génova, lo cual consideraron los unionistas imposible y hasta ofensivo. Propusieron algunos á don Fernando de Portugal; no faltó quien indicara á don Alfonso con regencia revolucionaria; pero los unionistas insistían en la candidatura de Montpensier, que era la de la revolución. Inútiles sus esfuerzos y disgustados del absurdo de obligar al clero á jurar la Constitución, se retiraron del ministerio Ardanaz y Silvela, manifestando explícitamente que no por esto se separarían de la coalición. No se rompió ésta, pero quedaba quebrantada. Aun trató Prim de que continuaran los dimisionarios y se ofrecieron sus carteras á otros unionistas; no aceptaron, y Figuerola volvió á Hacienda, entrando Martos en Estado para demostrar su since-

ridad monárquica; Topete, que también dimitió, produjo un gran conflicto por lo que significaba su nombre, é intervinieron los radicales mostrando su gratitud á Topete, y el deseo y la necesidad de que continuara en su puesto.

Si en el Gobierno se efectuaba esta reorganización, era también precisa entre los republicanos, pues los federales, especialmente después del acuerdo de las Cortes, tenían que adoptar una nueva marcha política. Halagábanles los demócratas procurando atraérseles; pero no querían abdicar de sus principios, aunque renunciaron al empleo de la fuerza. Lo que debían hacer ya lo indicaba Suñer y Capdevila en su manifiesto desde Tours, á donde llegó *roto, sucio, pobre y triste*; y en verdad que más habrían ganado combatiendo con el boletín electoral, como deseaban las ilustraciones del partido.

Tenían la fuerza y las masas, porque ningún otro, excepto el carlista, pudo presentar en un momento dado sobre cuarenta mil hombres en combate, ni ofrecer la terrible y heroica resistencia que en Cádiz y Málaga. Así que, si el movimiento hubiera sido unánime, apurado se habría visto el Gobierno y la solución fuera dudosa. Con unas mismas fuerzas fué venciendo el Ministerio la insurrección en diferentes puntos. Evidente la ventaja de decidirse por la propaganda, llevando á las masas el conocimiento de los deberes, ya que aprendieron el de los derechos, y mostrar así á todas las clases que la república quería la justicia, que es el derecho, el orden, que es su garantía; y la moralidad, que es la virtud política que enaltece á un partido y engrandece á una nación; no renunciaban algunos á apelar á la fuerza, diciendo Pi en plena sesión «que los obreros catalanes y los de Europa toda preparaban con justicia una revolución social en favor suyo y contra las demás clases.»

Procuráronse con afán ciertas fusiones, rompiéronse otras, aspiraba cada partido á dominar solo, mostrándose así la perturbación que existía, pues á la vez que periódicos ministeriales combatieron á los unionistas hasta arrojarlos del gabinete, conseguido esto, empezaron otros á destruir el consorcio de progresistas y demócratas, diciéndose que el progresista llevó á la revolución la bandera, el unionista la fuerza material y el demócrata, que nada había hecho, recogió la mejor parte del botín. Y el Gobierno en tanto, que pudo haber aprovechado estas circunstancias, caminaba como navegante sin brújula. Su falta de iniciativa perjudicaba á todos, lastimaba al país y mataba la revolución

que consideraban muchos falseada por no estar á su altura los que la dirigían.»

Desquiciados los moderados, entretenidos en formar los más absurdos proyectos, sólo los carlistas supieron aprovecharse de aquellas circunstancias.

Se explotó á la reina, cuya fortuna quedó muy mermada, tratóse de dividir á los partidos triunfantes, creando periódicos con este objeto, y para conseguir la restauración hasta se intentó pactar con los carlistas.

El general Lersundi, que dirigía los trabajos, pareció no mostrar el mayor tino y actividad, lo que ocasionó el disgusto de sus correligionarios, disgusto que subió de punto cuando se negó á que la reina abdicase en su hijo Alfonso, por lo que se vio precisado á renunciar sus poderes.

La división continuó más acentuada y, á pesar de los sacrificios del conde San Luis y otros, nada pudo corregirse para conseguir el objeto que se proponían.

El difícil período por que atravesaba la nación, mermadas las rentas por el retraimiento y abandono, creyóse desaparecería, al volver los republicanos á las Cámaras, pero esto nada absolutamente mejoró la situación.

A la defensa y ataques de Pi y Margall se contestó casi con el silencio, como suele decirse, puesto que aquel Gobierno tenía segura la votación.

Los diputados se retraían de asistir á las Cámaras, haciendo imposible el dictamen de leyes por falta de número.

El Gobierno, empero, necesitaba de la asistencia de aquéllos para completar la Constitución y de esta manera ponerse con condiciones de elegir monarca, y á este objeto se reunió la mayoría en el Senado, acordándose formar listas de los que votasen ó no, para saber los que asistían á las sesiones.

Pero, á pesar de tan significativa determinación, las cosas continuaban de la misma manera.

La desconfianza se había enseñoreado del ánimo de todos los individuos que componían los partidos políticos hasta el punto de que la Cámara se encontraba completamente falta de la vitalidad, la que parecía haber agotado haciendo la Constitución.

Al regente no se le ocultaba la necesidad, pero necesidad absoluta que tenía de salir de aquella situación trayendo un rey verdad; pero sus deseos no vencían, no podían vencer la general inercia.

Aquellas Cortes no podían ser menos consideradas, y por esta razón no se hizo caso alguno de la amenaza fulminada por alguien de cerrarlas y licenciar á los diputados que las componían.

Pretextando las festividades de fin de año, se licenciaron por quince días sin que se hubiesen aprobado los presupuestos, y al ver aquel alarde de ineptitud, de nuevo resonó el nombre de Espartero como única esperanza.

Una exposición con veintisiete mil firmas se envió de Barcelona proclamándole rey, y de casi todas las provincias se hizo igual manifestación en la misma forma.

Pero, á pesar de las súplicas de la prensa y de la generalidad de España, como hemos dicho, Espartero no aceptó, porque aun cuando aquella manifestación le halagaba sobremanera, temía aceptar tal merced por el trabajo y por la responsabilidad que importaba.

A fines del año 1869 encontrábase, pues, España con una monarquía que no tenía monarca, con una regencia nula, con una Constitución inobservada é infringida, con una Cámara que agonizaba y el país en expectativa y lamentándose de la carencia de uno de esos genios que aun sin imponerse, dominan.

Zorrilla viajaba por Valencia, Cataluña y Aragón, donde vió rechazada la candidatura del Duque de Génova, lo que sirvió de pretexto para la crisis del Ministerio, pero en realidad no era más que por plantear, en unión de Martos, el jurado, el matrimonio y el registro civil.

Viendo que la candidatura del joven Duque de Génova no era aceptada, y temiéndose por el horroroso porvenir que ya se vislumbraba, despertóse algo la actividad aguijoneada por el peligro é hizo que volviendo en sí los Diputados, trabajasen día y noche para la aprobación de los presupuestos.

Los montpensieristas arreciaban en su empeño monárquico y Castelar sostuvo un proyecto de ley para declarar inhabilitados los Borbones, no solamente la rama primogénita ó sea la descendiente de Luis XIV sino que también de la segunda ó la descendiente de Felipe de Borbón Duque de Orleans para ejercer la dignidad que al jefe del Estado concedía la Constitución.

Pero esta proposición fué desechada por gran número de votos y la lucha de progresistas y demócratas vuelve de nuevo y de allí la disidencia producida por Rivero.

Dividido el Congreso en homeopáticas fracciones, todas sus fuerzas las gastaba en las luchas intestinas, diciéndose de aquellas Cortes que eran impotentes para hacer bien, mas no para dar espectáculos como el de la noche del 19 de Marzo, en que pronunció Prim aquellas frases de *Radicales á defenderse; los que me quieran que me sigan.*

Rota la forzada armonía entre los unionistas, progresistas y demócratas, hizo que empeorase mucho más la situación del regente del Gobierno y del país.

En semejantes circunstancias, presa la asamblea de fatal marasmo, aprobó casi sin discusión la ley de orden público, que al restablecerse destruía la Constitución, sucediendo lo mismo con la ley electoral.

Las crisis producidas por Becerra y Echegaray dieron alguna esperanza á Rivero para sobreponerse, pero su estrella se eclipsaba con vertiginosa rapidez.

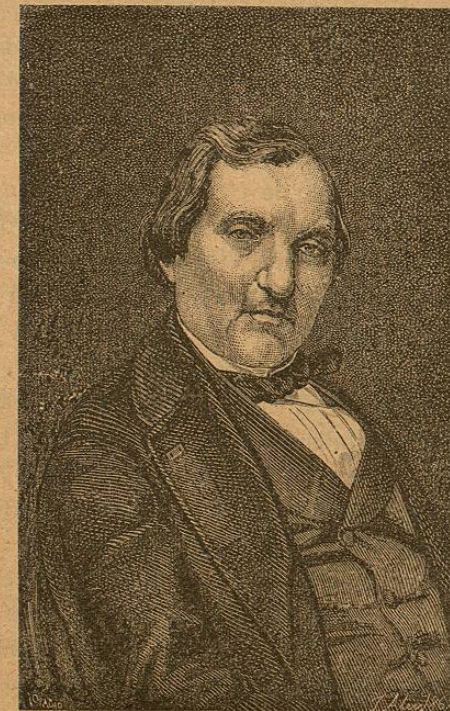
Los mismos que destruyeron los consumos los

restablecieron y Rivero pidió á las Cortes un reemplazo de 40,000 hombres, el mayor que desde mucho tiempo á aquella parte se había pedido.

Este proyecto dió lugar á que algunas provincias se insurreccionasen, indignadas de semejante conducta después que se les había prometido la abolición del impuesto de sangre.

Aquel estado de cosas era realmente insostenible, máxime cuando los federales reunidos en clubs y otros puntos predicaban las doctrinas más disolventes y verificándose pactos que sólo tendían á la disolución de la nación española.

Por fin, el común peligro hizo que de nuevo se



ERNESTO RENAÜ

reuniesen progresistas y demócratas, discutiéndose la ley para la elección de monarca, según la cual bastaba la mitad más uno de todos los diputados que podían tomar asiento en el Congreso.

Había llegado el momento de que finalizara la interinidad eligiendo rey, para lo cual se reunieron en el Senado, pero en vez de discutirlo las Cortes terminaron éstas su segunda legislatura sin resolver lo que tanto importaba.

Aprovechando aquella especie de interregno, los partidarios de Montpensier propusieron sustituir á Prim con Rivero, pero la negativa de éste impidió un nuevo conflicto, puesto que sabedor de aquella

trama Prim presentóse en el Consejo con la dimisión en el bolsillo.

Una vez que había fracasado la candidatura del príncipe Hohenzollern reunióse la comisión permanente de las Cortes para la convocatoria de éstas, pero nada se resolvió puesto que no podía presentarse con candidato.

Era de advertir el gran olvido en que se tenía á la reina, aun en medio de las dificultades por que atravesaba la revolución para constituirse definitivamente.

Asi fué que, perdida por doña Isabel toda esperanza restauradora, consintió al fin en abdicar en su